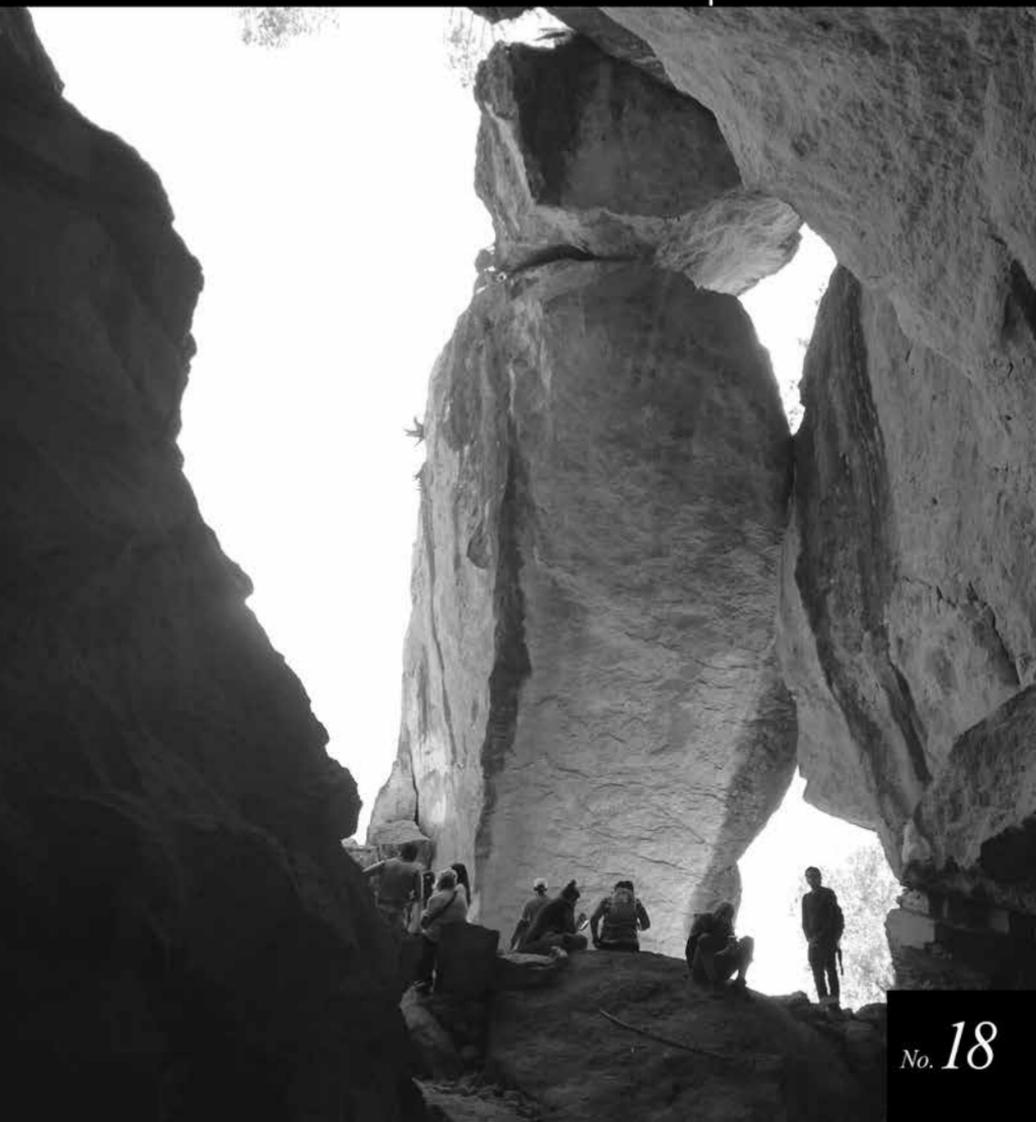


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

FEBRERO-MARZO
2019



No. **18**



INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES



TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

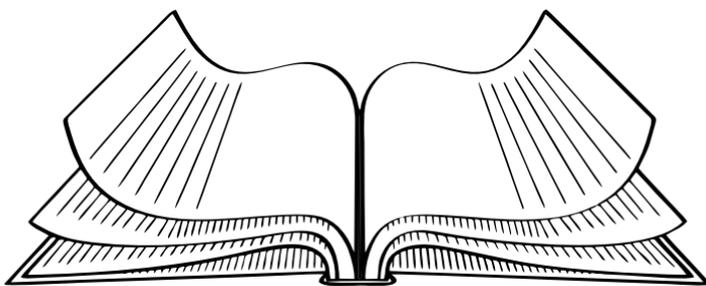
Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:

info@porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 18

www.porescrito.org

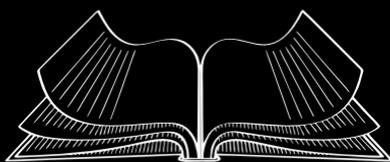




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Todo y Nada Juan Carlos Padilla Monroy	7
La contemplación Fernando Corona	10
Querétaro Mateo Mansilla-Moya	11
Cantiga de amigo Rodrigo Trujillo Lara	12
De pasajeros comunes Etienne Fajardo Macías	15
La flor de Brenes Ricardo José de la Vega Domínguez	17
Dentro de su celda Carlos Henrique Batista da Costa	20
Como un acaso Vicente Rodríguez Manchado	21
Las calles Elías Adbeel Muñoz Vázquez	23
Cataclismo Geraldine Francisco Pons	24

FIRMAS

Vaciamos las palomas Yamil Narchi Sadek	25
Hojas Yamil Narchi Sadek	26
Diurno Enrique Héctor González	27
Réquiem Enrique Héctor González	29

El lector ideal	
Susana Corcuera	30
Vaya, vaya	
Virginia Meade	31
Para la próxima	
María Elena Sarmiento	34
Ilustre	
Cecilia Durán Mena	37
La mujer de la farola	
Cecilia Durán Mena	40
Gallo(s)	
Andrea Fischer	42
Canicas	
Andrea Fischer	44

IMAGINARIO

VOCES

Tiempos	
Gabriela Gorches	50
Voz de los Hispanos	
Gabriela Gorches	51
Jugando bromas	
Beatriz González Rubín	56

CONVERSACIONES

De la novela "Autorretrato sin Dublín" (fragmento)	
Eve Gil	58

Hablando por escrito

En los escritos de la Antigua Grecia el número dieciocho tiene un valor ritual. Significa dos veces nueve que es algo así como recorrer el camino de ida y vuelta. Zeus concibió en nueve noches de amor a las nueve Musas; Deméter recorrió el mundo en busca de su hija Perséfone durante nueve días y nueve noches; Leto padeció durante nueve amaneceres y nueve anohecidos los dolores de parto, parece que esta duplicidad del nueve que suma dieciocho es la medida de las gestaciones y las búsquedas fructuosas. Para los griegos, el dieciocho es la coronación de los esfuerzos y la meta de la creación.

Es posible que de ahí brote la idea de que el dieciocho es el número de años que hemos de cumplir para llegar a la mayoría de edad. Como si las posibilidades de este múltiplo de tres nos llevaran a triadas simbólicas de vértices que simbolizan relaciones ternarias entre el Paraíso, el Purgatorio y el Infierno: el tres como signo de perfección y el dieciocho como un símbolo de la meta alcanzada.

Para los chinos, el dieciocho simboliza a los nueve cielos que se oponen a las nueve fuentes donde habitan los muertos, como si de esta forma se pudiera simbolizar el universo entero. En el esoterismo islámico, descender nueve escalones sin caerse significa haber dominado los nueve sentidos del Hombre.

Según Nezahualcōyotl, el dieciocho era un número relacionado con ese Dios desconocido que había creado todas las cosas. Por eso, mandó construir un templo con nueve plantas, como los nueve cielos que se corresponden con los nueve recorridos que debe hacer el alma para alcanzar el reposo eterno. El dieciocho en Texcoco, simbolizó esa cifra sagrada de la diosa Luna que gravita en el espacio en función del sol.

Para los antiguos aztecas, el dieciocho representa la relación entre las nueve cosas terrenas y las nueve cosas nocturnas. En el Panteón mexica existen nueve divinidades del día y nueve de noche.

Más allá de cualquier otra simbología, el número nos sirve para contar. Expresan más que cantidades: nos dan ideas, fuerza y

objetividad. El número de las cosas reviste en sí mismo gran importancia ya que a través de ellos podemos potenciar los sucesos. Es como dijera Saint-Martin, *los números son las envolturas de los hechos*.

El puente que se tiende entre la lógica de lo imaginario y la de la razón nos lleva a reflexionar que hasta las creaciones más espontáneas obedecen a ciertas leyes interiores. Si bien estas leyes nos introducen en un mundo fantástico, tal vez irracional, es razonable intentar comprenderlas.

Tal vez, lo que este número dieciocho que tienes entre tus manos representa, lector querido, sea un signo de constancia, gusto y entusiasmo. Ese que se instila en cada uno de los textos que el escritor compone para hacer despertar esa chispa que conecta los ojos por estos renglones con la mano que los escribió.

Pero, sin detenernos en estereotipos, con gran entusiasmo, nos damos a la tarea de recorrer con Deméter el camino de ida y vuelta, acompañamos a Leto, gozamos con Zeus, bajamos y subimos a la conquista de los escalones de la sabiduría islámica, entramos al espacio texcocano donde se encuentran las cosas terrenas y nocturnas, transitamos el camino de ir y de venir, de zarpar y regresar, de partir y volver: nos alegramos de seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir.

Con ustedes, presentamos el número dieciocho.

La editora general



Todo y Nada

Juan Carlos Padilla Monroy

“Todo” es un pensamiento al aire
que remite a lo mismo:
si todo es posible,
los límites no existen;
pero la “Nada” acecha
desviando la mirada
de aquel que no se encuentra a sí mismo.

“Todo” y “Nada”
opuestos que se encuentran
misteriosamente...
el Todo es la utopía y la Nada su distopia,
una dicotomía mortal,
caos,
crisis,
eterno balance pendular;
insaciable,
insatisfecho,
víctima de nimiedad.

Tienes Todo cuando nada falta
Nada alcanzas con todo por perder.

Todo y Nada
un juego riesgoso
donde alguien gana
y alguien pierde
siempre...
un movimiento que compromete la existencia
irremediabilmente.

Todo eres tú
Nada soy yo sin ti.

Todo es la sonrisa dibujada
cuando nuestras miradas se encuentran.
Nada es el vacío inmenso
que me ahoga cuando te ausentas.

Todo es el pretexto perfecto
para hacer nada contigo.

Todo es lo que callamos,
Nada lo que decimos.

Todo es inspiración,
Nada desesperación.

La emoción lo es Todo,
sin pasión hay Nada.

En realidad no sé qué hacer
 con el amor que por ti siento.
 Si Todo es posible,
 Todo: sería verte sonreír sin decir nada.
 Todo: sería besarte toda
 con todo y todo
 sin contenerme nada...
 y nada...
 ¿por qué no hago nada para tenerlo Todo?

Tengo miedo de alcanzar
 todo lo que deseo contigo,
 y que la Nada me abrace,
 Así...
 como tú me abrazas
 despacito,
 tierna,
 dulce,
 profunda,
 silenciosa,
 intensa,
 y eternamente...

Todo es Todo o Nada.



Paúl Núñez

La contemplación

Fernando Corona

*En un baño de luz tus ojos pardos
paralizan su vuelo de cornejas.*

*Como a punto de ver tumbas o heridas
delibera tu vista un dulce espanto.*

*Yo no sé si morir o devorarte
cuando otorgas en mí pausa a tus ojos.*

*En las breves ranuras de luz negra
se resume el cordón del infinito.*

*Son columnas de noche en un vestíbulo
a mitad de una lluvia de neblina.*

*Ay del tiempo que aguardo sin dar paso
con el beso que instauro los silencios.*

*Ay del miedo común ante las puertas
que resguardan la entrada al paraíso.*



Querétaro

Mateo Mansilla-Moya

Subimos al cerro
donde las rocas
cantaban las campanas
que no podían ser:
escalamos la ciudad.
Descubrimos la forma
de lo colonial
en una casa
hecha en la cima
de una construcción
prehispánica
y leímos las grietas
de las piedras
en las calles
de tanto caminar.
Recorrimos plazas,
entramos a museos
y galerías,
y al anochecer,
con rayos de luna
y luz amarilla
que coloreaban
a la ciudad de surreal,
leímos y releímos
las líneas
que acabábamos
de dibujar.



Eduardo Caballero

Cantiga de amigo

Rodrigo Trujillo Lara

a J. L. Cantón Paterna

Bebo en un café la tarde.

Alguien, algo se desplaza sin que nos demos cuenta.

Aquella silla vacía era resplandeciente al sol,
ahora está a medias apagada y borrosa. ¿La ves?

¿A dónde se han trasladado los destellos
de agua metálica? ¿Por qué no estoy tomando
este café sobre las ruinas de una ciudad,
mirando los remates de sus torres como las manos
levantadas de los ahogados, que murieron de esperar
con el corazón bajo reserva?

Vengo al café para beberme la vida.

La muerte pía siempre sobre las ramas bajas,
canta la noche en el corazón de la luz.

Me distraigo y han escapado fragmentos de una historia.
De mañana, una sola mañana que me llenó la boca
de noches compendiadas.

Te confieso que las albas rematadas por la espalda.

La palabra eclipsada con mordazas.

Todos los pájaros volaron. Se fueron.

Mi sangre quedó desierta. Bosque en vilo,
donde corrió feral la noche.

Alguien, algo removió en el poso del café
el lodazal de la conciencia.

Sólo silencio sin respiración.

Sólo persecución sin aliento.

Sólo un proceso de silencios.

Sólo ejecución sumaria entre la niebla.

El roble retorcido, el juez.

Las piedras del arroyo, el jurado.

De testigos, sólo el vuelo lejano de los pájaros
que callaron a tiempo.

No del cielo, del cieno
cayó la sentencia. Cayó una piedra al río.
Quisiera hundir ciertos días en mi propio cieno,
esos donde creí que sabría cómo,
ese
donde quedaste de costado, detenido,
como en un aire duro que te ondulaba.
Ni el calor de tus manos, ni el olor de tu barba,
ni el rechinido asordinado en tu voz.
Te quedaste como dormido en aquel sueño
de agua, en esa cama de reflejos que sólo
sabían irse. No roncabas.
Quisiera esa última perla, como burbuja,
que salió por tu nariz y se detuvo, un instante,
sobre el azul de tu ojo, antes de continuar
como las nubes empujadas por el viento.
En esos frecuentes días donde no supe cómo,
cuelgan sobre mi pecho palabras de piedra.

A lo lejos había luz.
Alguna vez hubo luz.
¿Era el amanecer? ¿Era el crepúsculo?
¿Era tu casa en llamas, donde tu corazón
ardía dentro de tu pecho unguado con queroseno?
Recuérdame con cariño, dijiste.
Cuando ya no volvamos a vernos
recuerda, por favor, este momento.
Mira acá, en esta foto estoy con mamá.
Siempre sonreía.
A papá no le gustaban los cantantes que se acercaban,
como los perros, a pedir en las mesas.
Apagaste la luz y abriste de par en par tu puerta
para que entrara, pero a tu casa entraron las estrellas
que andaban de casa en casa,
llevándose a la gente del pueblo
hacia el silencio.
Odiaste decir te amo,

entonces los ríos corrieron al revés
y todo lo que yo toque.
Tú y la otra noche.

Hambre de pisadas tiene la hojarasca.
Tócame el pecho por si ahuyentas el frío.
Recuesta tu cabeza sobre mi hombro
como aquella vez en que la luz llovía
y el cielo azul se escondió en tus ojos.
Recuesta tu frente sobre mi frente
como aquella vez en que la luz lloraba
en ese horizonte pequeñito que había
en el fondo de tus ojos.

La vida es roja. La luz, un banco de neblina
sobre los páramos del día.

El arsénico tierno de los brotes
me da la promesa de nuevas lluvias,
de nuevas canciones para decapitados.

Todos los que perdieron la cabeza,
amaban a alguien, algo.

Una pareja se ama con palabras frente al café
Se miran. Sonríen. Se rozan levemente
con las rodillas.

Se levantarán de allí para ir a un apartamento
a continuar amándose de cuerpo.

Y se amarán. En verdad se habrán amado,
aún después de los navajazos del silencio.

Aunque no vuelva a llover en la ciudad y no vuelvan
a tomarse las manos,

aunque no lleguen a las terrazas de los palacios hundidos
para acodarse de cara al agua y adivinar las acequias,
ni el limo verde y espeso de charlas remotas,
los naufragios de otros hombres,
ni los jardines bajo el agua.



De pasajeros comunes

Etienne Fajardo Macías

El pardo insomnio viene II
 montando el ruido negro
 de un camión materialista
 Una soledad sin pecas
 pobrecita niña deshilada
 quisiera hacer un nido en mi costilla
 Los manuales nada dicen al respecto
 Piensas
 pregunto
 quedarte mucho tiempo aquí
 Su voz huele a charco callejero
 pero no me dice nada
 lo adivino por su rostro
 laxa canción de cuna despintada
 Levanta en cambio los hombros
 dos huesitos piedras de riñón
 Levanto los hombros en cambio
 dos monolitos loas verdes al fracaso.

IV

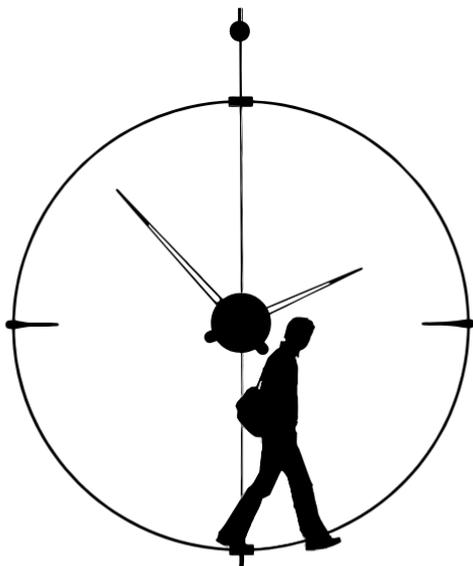
Y se deja colgar de su clóset
 y se exhibe impúdico y muerto
 vertical

 necio
 como
 péndulo gandul
 a ver ahora quién lo encuentra
 y lo baja
 Le dio hueva al idiota

V

Es color de pared
indefinido matiz blancuzco
Afirma con la cabeza
Duerme si nadie mira
Hace ya tanto que nadie mira
Agradece
por el silencio
por la quincena
por el final del día
y sale y firma su salida
Y vuelve mañana
Se le puede ver desde arriba
Parece así
la mano de un reloj chimuelo
seguir
siendo
mi amigo

a ver ahora
quién me lo quita del sueño
a ver ahora
de dónde saco a otro igual



lleno de ángeles
agosto frío en rostro,
en la mejilla de mi padre
una lágrima pensativa
sueña que duermes, madre,
te regala un beso en la frente
y canta
con el canto de lluvia
de grillos, de ranas,
de hormigas con alas
tierra mojada:

!Ay, ay, ay, ay, canta y no llores...!
La flor de Brenes parece niña dormida
se cae el cielo a cántaros
pobrecita la amapola
no tiene padre ni madre,
no tiene padre ni madre
y vive en el campo sola
La luna se está peinando
en los espejos del río
es mi madre que cocina
y prepara un aliño
un gazpacho
la tía Pepa la recibe con pestiños

El silencio saborea el silencio
se fue de la mano de Carmen, su prima,
con abanico y mantilla
mi madre está con Dios
la figura de Lladró
danza a la luz de las velas
suenan las castañuelas
sevillana de verbenas y azucenas

está la mañana sin nardos...

Los geranios extrañan tu sonrisa
tu ternura Rafaela

tu ternura
amor con amor se paga
amor con amor se cura
Y yo sin pelo
de Julio Regalado a tío Lucas
me importa un bledo
Llevo un rosario en el alma
Tu risa y una camiseta limpia
al pobrecito que no tiene amén

Sevilla México tiene un color especial
la flor de Brenes
toca las palmas
gracias por enseñarme a leer,
a reír, a recitar poemas
me sigue oliendo a azahar
entre verso y verso
y amarte madre es mi azafrán

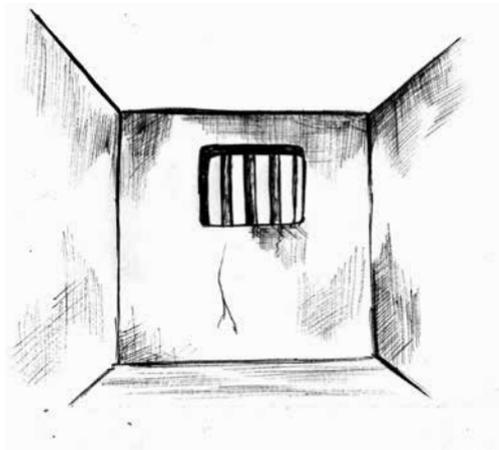


Paúl Núñez

Dentro de su celda

Carlos Henrique Batista da Costa

Dentro de su celda
el monje echa
su suerte.
Tinta e hierro
calientes
trazando
los rubros meandros
de una rosa.
Empieza el monje
por componer
en dos breves
partes desiguales
un concepto
cualquier.
En pocas
curvas a más
un cuerpo de mujer.



Paúl Núñez

Como un acaso

Vicente Rodríguez Manchado

*...Cansada de fingir
estoy sobre la tierra con la bruma
de todo lo que existe:
el horizonte, el árbol y la espuma;
yo no me sé morir.*

Carilda Oliver Labra

*... Gira el espacio
Arranca sus raíces el mundo
No pesan más que el alba nuestros cuerpos
Tendidos.*

Octavio Paz

El corazón del ciervo
alberga un completo registro
de asechanzas
-olores, formas, figuras...-
ante la palabra muerte.

Conoce las fragancias húmedas
del meteoro,
las secreciones excretadas
por la voz animal de otros seres
-congéneres o no-
en quienes se distingue apenas.

Conoce, en fin, el rostro
de la Luna de Siete Llaves,
Señora de los Siete Fuegos.

Y sabe, si te mira,
que cuando sea herido mortalmente
-el ciervo, en qué momento-
fijará en ti todas las nubes
como una certeza oscurecida,
como un acaso de células sin miedo.



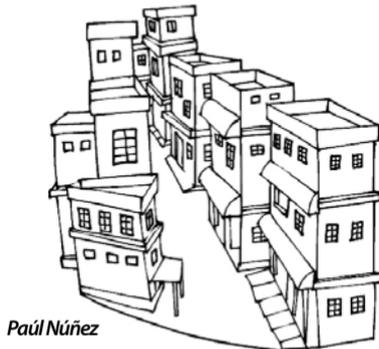
Eduardo Caballero

Las calles

Elías Adbeel Muñoz Vázquez

Son las calles, amor, de este infame pueblo
 las que destruyeron a mordidas mis zapatos nuevos.
 Les partieron el orgullo de suela gruesa
 como se parte un pan, se despedaza.
 Los han humillado más allá del polvo.
 Entre piedras denigradas, banquetas inconclusas, caminos enterra-
 dos.
 ¡Estas calles, mi amor! ¡Ellas!
 Ellas y sus colmillos de vidrio, sus fauces bache, sus hipócritas
 interminables
 pasos peatonales tienen la culpa.
 Más me valdría andar descalzo como antes, ¿te acuerdas...?
 Mayor pena siento por estos zapatos tristes
 que por aquellos pies desnudos y enfermos, uñas negras de mugre
 plantas secas como la tierra.

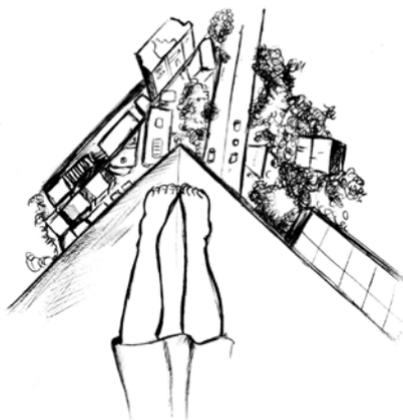
Son las calles, te digo. Sus huecos, sus altos relieves,
 su amargura, el rencor con que me hacen tropezar y lucir estúpido,
 el hambre con que mastican mis pasos entre sus grietas.
 Son ellas. Es su culpa.
 Su culpa solamente.



Cataclismo

Geraldine Francisco Pons

Una mujer se descalza en las alturas
sin el simple miedo al vértigo
lo hace poco a poco,
en un banco con vestigios otoñales
ajeno a toda renta semanal.
Acepta los últimos momentos concertados
traslúcida, esquelética,
como una fuga de su delirio.
Tal vez, con él queda casi nada
no es capaz de tasar esos instantes
tal vez sea el inicio de un cataclismo sentimental
donde el salitre anudado en las altas mareas
seguramente manchará otras extremidades.
Y pese a todo fundamento real
invoca al aliento sin levantar las manos de su pelvis,
observa sus pertenencias cubiertas de carmesí,
su lencería de Versace, su aroma prometedor,
y lentamente se apaga la melodía.



Paúl Núñez

Vaciamos las palomas

Yamil Narchi Sadek

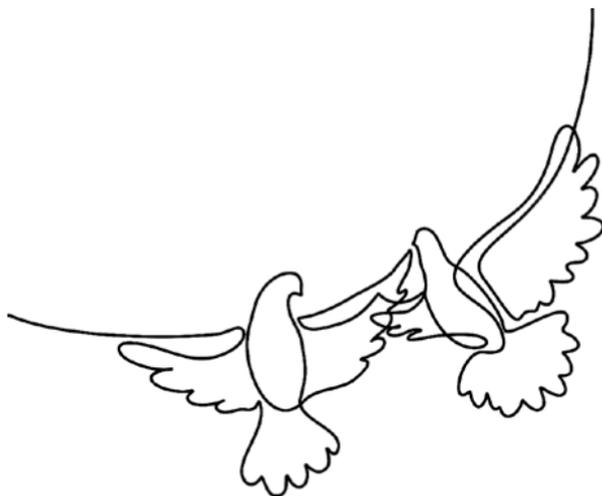
vaciamos las palomas

vertimos sus vísceras
en un espectáculo delicado

les quitamos el vuelo
y el viento
de las plumas

en vez de sangre
se esparció un vacío
comodísimo

no fuimos felices
pero sonreímos



Paúl Núñez

Hojas

Yamil Narchi Sadek

I

Las hojas
dividen la avenida,

las del otoño celoso
que no me deja partir
si no lo llevo conmigo.

Atrás, el sol que acá no llega.

II

Yo soy el camino que recorro
y sueño a hojas rojas y amarillas
bajo mi paso.



Paúl Núñez

Diurno

Enrique Héctor González

I

El día de pies planos lanza una piedra
sobre el espejo lejano del ojo.

Sentado al sol, iza los dedos
y arroja su demencia cristalina
labios abajo.

El día desarma sus horas
como un niño sus naves espaciales a escala
y recompone el caos
y tira lo que sobra.

La plenitud espléndida del día
desata sus pasos, desliza sus sonidos
sobre la piel del agua

—la mirada es una fuente dispersa.

No puede marchar,
ineficaz plantígrado atrapado en el instante
artero

en que se pierde la mirada fluvial
del ojo que todo lo ve y todo lo fija;
avanza sin moverse

como un feto que crece sin fe, sin alma,
vientre adentro,
en la oscuridad sin cuerpo
de la noche noctámbula y nodriza.

II

El día desata sus raíces,
irrumpe y enloda, llena
de llagas el aire, y entonces

uno respira harapos de luz
en la mañana tibia;

la tarde

es una mosca que esparce
oscuridad y en cada vuelo
encalla el sol
como la grieta de un tigre en la mirada.
La noche encharca los
objetos, nombra y nada
de lo que dice es sombra
exacta, pues la noche
enreda el agua de la luna
para que el día desate sus raíces.



Eduardo Caballero

Réquiem

Enrique Héctor González

El poema se hizo pedazos
 en el húmedo ronroneo de una lavadora automática.
 Hablaba de sombras que huyen,
 de espejos que no esperan a nadie.
 Lo escribí temblando de pies a cabeza,
 lo que en modo alguno indica
 que estuviera destinado a sobrevivirme.
 No era –me consuelo– sino otro de esos
 capciosos caprichos
 que embadurno en alguna servilleta;
 y sin embargo, le tuve cierto afecto
 durante los tres días que estuvo
 en la bolsa de mi camisa
 –y en lo que lleva de muerto
 aguas abajo.

Como el rumor de una conversación amena,
 como la música hipnótica
 de una canción tenaz o las tenazas
 de cierta frase leída al vuelo
 de algún otro recuerdo, lo revivo a cada tanto
 deshilachado como quedó,
 en mi memoria demorada y me disgusto
 conmigo mismo y mis descuidos.
 Todo esto a cuenta de que ayer
 di con un borrador del texto descuartizado
 y luego de leerlo a saltos,
 pegando, tirando, recogiendo
 sus sonidos, el agua de sus goznes,
 reconocí su exacto paradero:
 de nuevo cavé en Cavafis
 y en Nicanor más de la cuenta.



Paúl Núñez

El lector ideal

Susana Corcuera

A cabar de escribir un libro después de años de trabajar en los personajes, la atmósfera, los diálogos, el tono y, desde luego, la trama, deja una sensación extraña. La palabra FIN puede ser liberadora o convertirse en el inicio de una etapa de vacío existencial. Si el libro tiene la fortuna de ser publicado, para él empezará una vida nueva. Me gusta compararlo con un hijo que se va de casa, me imagino el día en que regresa después de meses. La madre abre la puerta y se queda viendo al hombre barbado y de voz ronca que tiene poco que ver con el niño de las fotos de la sala. Después lo mira de nuevo y respira, aliviada: a pesar de los cambios que lo han vuelto casi irreconocible, es él.

En el caso de un libro, los lectores son quienes lo transforman. A primera vista, un lector ideal sería aquel que se emociona cuando el escritor así lo quería, espera con paciencia los sucesos, cuestiona, se enoja o se ríe en los momentos indicados. La realidad es que los sentimientos que inspiran los textos escritos no siempre concuerdan con la intención del escritor y enriquece escuchar distintos puntos de vista, en ocasiones, incluso opuestos entre sí: la escena que entusiasmó a alguien puede parecerle banal o aburrida a otro, los diálogos que sorprendieron a una persona, a otra le parecen predecibles... En cuanto a la forma, lo que para uno es un logro, para otro es un fracaso. Así es como cobra vida propia una obra literaria.

Por eso, para mí, el lector ideal es cualquiera que lea un libro con atención y esté dispuesto a comentarlo, para bien o para mal. Porque el alma de la palabra escrita acaba de construirse a través de miradas ajenas a su creación.



Paúl Núñez

Vaya, vaya

Virginia Meade

Desde hace un par de semanas, tengo que salir al patio para estar lo más lejos posible del estruendo que unos minutos después de las 9 de la mañana se produce todos los días. No importa si es fin de semana o feriado: el ruido infernal de una reja al abrirse me revuelve los jugos estomacales.

Prefiero no asomarme por la mirilla de la puerta. Ignorar al engendro que a diario anuncia por todo lo alto que se larga de su casa. Evitar un posible conflicto con él. Me imagino que es un ser mezquino que le importa un rábano la paz que puede o no existir adentro de cada casa de esta calle en particular.

Estoy agripado. Durante las noches, la maldita enfermedad se comporta como si estuviera de juerga y, justo cuando logro dormirme, la habitación se estremece. Claro, es la reja que chirria y el sonido se introduce en mi cabeza recorriendo la espina dorsal, obligándome a boquear; con los ojos desorbitados, pido clemencia, las venas se me crisan. Este delito que comete el patán ruidoso no puede quedar impune. Temblando me acerco a la ventana. Veo a un hombre que camina despacio, arrastra los zapatos que parecen le quedan grandes, trae puesta una ridícula boina, la cabeza baja grita soy un anciano, de una mano cuelga una bolsa de plástico. Sé que no escuchará mi grito: ¡sordo de mierda!

Estoy sentado en el sillón de la recámara mirando hacia el infinito, no tengo ánimos de quejarme, poco a poco, una placidez me invade. Sueño que estoy en un bote, el agua lo mece, el ambiente es cálido; yo estoy leyendo un libro. A lo lejos aparece una mancha negra en el cielo, es un grupo de aves que chillan y se precipitan hacia mí. No hay para dónde ir, me rodean, sus garras apresan mis brazos, tratan de arrancármelos. Me despierto asustado. Reconozco el ruido de la reja arrastrándose y cómo la jalonean. La empujan y

ésta se amarra al piso. No habrá poder humano que la mueva. Me levanto aturdido por el ruido. Estoy congestionado. Me arrastro al baño y me asomo por la ventana y logro ver a quien está en plena pelea con la reja de fierro, reconozco al anciano. Pedazos de pintura y yeso se desprenden de la fachada. Resulta que el vejete vive al lado de mi casa. Escucho que los goznes están cediendo, la puerta cae hacia el interior de la casa. El hombre se queda con la llave en la mano. No puedo evitarlo, me carcajeo hasta que un acceso de tos me ataca y necesito apoyarme en la pared. Lágrimas y mocos me cubren la cara. Cuando termino, me asomo, el tipo está mirando hacia mí. Sus ojillos me ven con desprecio. Alcanzo a decir: ¿Está usted bien?

A la siguiente mañana, un grupo de hombres llega a la casa del vecino; suben la puerta a una camioneta y luego se dedican a resanar la fachada. Tendré un poco de paz. Ahora quiero saber quién es este tipo. En los siguientes días investigo con el señor que recoge la basura, con los que traen el gas y el repartidor de agua embotellada: me dicen que vive con su esposa, casi de la misma edad que él, tienen dos hijos adultos, uno vive con ellos, el otro, dicen que un buen día metió sus cosas al coche y no se ha sabido de él. Me dediqué a observar desde la ventana del baño. Sale a las 9 de la mañana y vuelve al mediodía, supongo que para comer y sale otra vez. Su jornada, lo que sea que haga, le permite estar de regreso a las 7 de la noche.

Hoy me siento perfecto, tanto que puedo salir. Me dirijo hacia donde las calles están adoquinadas; son una delicia para caminar. Angostas y poco transitadas. Muchas puertas y ventanas que admirar. Nunca se sabe qué hay detrás de ellas.

Llego a una calle empedrada adornada con frondosos árboles de jacarandas. No hay nadie, excepto una persona que creo reconocer: usa una boina de fieltro negro, la chamarra desgastada y los pantalones un poco largos, el hombre carga una bolsa de plástico de supermercado; pero, este pero es el importante, camina rápido, ágil, como si los años no importaran. Es el

desconsiderado que arruina mis mañanas. Me impresiona que camine tan rápido sobre las piedras de río. Sin chanclear. No puedo alcanzarlo por más que me esfuerzo y soy por lo menos, quince años menor que él. Empiezo a jadear. No puedo detenerme. ¡Tengo que asegurarme de que es él! Se detiene frente a una pequeña puerta de madera, no tiene que tocar. Una joven mujer sale a su encuentro, lo besa en la boca. Se dan la vuelta para entrar, me tropiezo con ellos, sólo alcanzo a decir: Vaya, vaya. Buenos días vecino.



Paúl Núñez

Para la próxima

María Elena Sarmiento

Salvador se ve grande y fuerte. Estoy segura de que debe dar unos masajes deliciosos. Le explico que me caí de las escaleras y me duele mucho la espalda baja. Lo paso a mi recámara para ver cómo nos acomodamos. No. Ahí no se puede. Es difícil alcanzarme por izquierda y derecha desde las grandes anchuras de una *king size*. Sería mejor en una cama individual. Lo conduzco al cuarto de mis hijas. Bueno, es un decir. Así le sigo llamando a esa habitación, aunque ellas ya no viven conmigo.

Pongo una sábana sobre el edredón para no ensuciarlo y preparo otra para taparme una vez que esté acostada. Le pregunto si me quito la ropa por mi inseguridad, por una cortesía mal entendida. Es lógico que no me puede masajear la espalda si estoy vestida, pero no podría encuermarme sin preguntar. ¿Cómo? ¿Que también me quite la ropa interior? Me parece una exageración, pero seguro que soy una vieja ridícula. Las jóvenes de hoy son mucho más libres. Además, es cierto, me va a untar aceite en la espalda. Los *chones* quedarían aceitosos si no me los quito. Este hombre debe tener sus razones.

Ay, qué deliciosas manos tiene. Sí. Se le notaba. Sólo un tipo grandote y fuerte me puede apretar la espalda de esta forma tan deliciosa. Estoy segura de que se me van a quitar los dolores luego, luego. El aceite huele rico. Ay, ya está en la zona que me duele, en la espalda baja. Tronó algo. Mmm. Qué bien se siente. Al fin voy a volver a caminar derecha. Siento que desde que me caí, ando toda jorobada con tal de no estirar la espalda.

Este quiropráctico tiene las manos tan grandes que al tratarme la espalda baja, abarca también parte de las nalgas. Las contraigo sin querer. No estoy acostumbrada a que un desconocido me las toque. Me las está masajeando también. Claro. ¿Cómo no lo había pensado? Ahí deben llegar las terminaciones nerviosas y para que me deje de doler, hay que darle una repasada a

todo el cuerpo. Siento sus dedos que abren la división de mis nalgas. Uno de ellos, se detiene a la entrada del ano. Poco a poco me penetra.

¿Esto es terapéutico? ¿Será parte del tratamiento? Carmina me recomendó a Salvador. No creo que ella me trajera a un hombre que sea poco profesional. Esto debe ser parte normal de su método. ¿O no? ¿Será que Carmina no es tan seria como parece? No creo que nadie en su sano juicio le recomiende a un perverso a su cuñada. ¿O será que a ella le excita un hombre así, con el que uno casi ni habla, con el que no hay ni trazas de cariño? Esto ya está durando demasiado. ¿Lo debería de disfrutar? Sí. Puede que sí me guste. No estoy segura, pero tengo que estar muy calladita porque no quiero que se me note que me puede gustar. No se me vaya a salir un suspiro o peor, un gemido de placer. Aprieto los ojos. No quiero ver a Salvador. ¿Será que tendría que pararle un alto? ¿Qué hago?

Al fin termina. Me pide que me voltee. El masaje incluye todas las partes de mi cuerpo. Los hombros, los senos, los pies, las pantorrillas, los muslos y llega a los labios vaginales y vuelve a introducirme un dedo. Ahora estoy segura de que esto no es parte del procedimiento normal, pero ya es muy tarde. Permití demasiado para ahora poner un alto. Esto debería de gustarme. Tal vez sí. No. Creo que debería pararlo. ¿Qué se piensa este tipo? Sí. Esto es agradable. No tengo por qué enojarme, aunque quién sabe. Yo no pedí esto. No lo he provocado. ¿Debería permitirlo?

Me parece que esto es eterno. Ya no sé en qué pensar. Cuento al diez de ida y de regreso. Cuento de nuevo y una vez más. Estoy a punto de disfrutarlo, pero no me quiero dejar ir. No. No puedo disfrutar con un desconocido en la recámara de mis hijas y cuando ya casi tengo sesenta años. Con mi experiencia, debería saber qué hacer en estas situaciones, pero ya es demasiado tarde para frenarlo.

El tipo toma mi mano y la hace rozar su miembro, duro. Yo encojo el brazo retirándosela. Al menos tengo la fuerza de no hacer eso. Al fin quita sus manos de mi cuerpo. Me levanto sin alzar la mirada. Me enderezo del todo. Antes no podía hacer esto.

Tomo la bata y me la pongo mientras salgo al pasillo. Por suerte, ahí está la muchacha que me ayuda en casa.

—Candy, acompaña al señor a la puerta —me obligo a decir. La voz me sale ronca.

Salvador intenta buscar mi mirada. Yo lo evito. Quiere decir algo. Levanto la mano en señal de despedida y entro al baño. No estoy segura de cómo me siento.

Lo escucho salir del cuarto. Me visto despacio. Necesito descifrarme. Paso la siguiente hora contradiciéndome. Me gustó. Fue horrible. Debería de haberlo parado en seco. No. Debería haberlo disfrutado.

Dos horas después, llego a la conclusión de que no me gustó. Lloro en silencio. A mi edad, no puedo decir que no sabía lo que estaba pasando. No estoy enojada con él sino conmigo, por bruta, por no saber decir que no, por no saber, ni siquiera en la vejez, determinar qué me gusta y qué no. Claro que sé que si te hubiera pasado lo mismo a ti, hubieras sabido qué hacer, le hubieras puesto el alto de inmediato. Tal vez si me hubiera pasado antes, aunque fuera en alguna lectura, yo también hubiera reaccionado diferente. Bueno, no sé tú, pero cuando algún texto me atrapa, yo siento que me sucede lo mismo que al personaje. Aprendo a manejarlo.

Hoy ya nos hicieron esto y no supimos reaccionar. Yo, ahí paralizada y tú, conmigo. Tal vez para la próxima sepamos que eso no nos gusta, no de esa forma. Tal vez algún día nos manejaremos mejor.



Ilustre

Cecilia Durán Mena

No únicamente es dura la gran exposición de la figura a través de tu padre, sino que también es cruel. Me ha tocado lidiar con las críticas que giran en torno al momento en el que dada su edad, ya no hace tan bien las cosas. La gente es cruel. Cuando era la *gran promesa* y su padre era *el maravillas*, las críticas se centraban en la incapacidad que teníamos todos de ser tan geniales como él. Ahora, mira nada más. Vuelve la mirada al suelo y dibuja un pequeño círculo con la punta del zapato. Naturalmente, se defiende. No me ha gustado este papel, el material no era tan bueno. Vamos, no es bueno. Nada bueno, para decir las cosas como son. No ha servido ser impulsivo, bravucón como leche hervida, el resultado ha sido evidente. En las comparaciones, siempre sale perdiendo. Entre las diferencias y semejanzas que la gente ve, le toca salir perdiendo, pero en general trata de hacer oídos sordos, de no escuchar. Siempre habla y habla. Es tanta la exposición mediática, que ya es imposible parar la avalancha. Que van a hablar bien y van a hablar mal, no hay remedio, siempre pasa y eso lo aprendí en este negocio. No hagas caso, hay que seguir, mirar para adelante, más allá de lo que te digan. Separar, tomar lo positivo. Lo negativo también sirve, es constructivo. Sigue su ejemplo, le dicen. Trato de tomar lo mejor, a veces no se puede, responde entre suspiros.

Al mirarlo, intento comprender lo que quiere decir. Al observarlo caigo en la cuenta, es imposible no empezar con las comparaciones. No es, ni de cerca, lo guapo que era su padre a esa edad, a su sonrisa le faltaba ese efecto seductor y los hoyuelos que se hundían en las mejillas jamás fueron tan fascinantes como los de su papá. Lo peor no era la incapacidad manifiesta para estar un poco a la altura, era que se daba cuenta y se rebelaba. Nacer con un apellido ilustre tiene sus ventajas, pero, también sus lados malos. Lo que podría ser una gran fortaleza, se transforma en una debilidad feroz y desalmada.

Cuando tu padre ha sido uno de los intérpretes más importantes de la historia de la música vernácula, así como uno de los compositores más reconocidos del género, es muy difícil ganarte un reconocimiento bajo su sombra. Para el hijo del mítico intérprete de *Sin perdón*, las cosas han sido más difíciles de lo que todos creen. ¿No hubiera sido más fácil que siguiera otro camino?

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, eleva el rostro y clava la mirada directamente en mis ojos. Es guapo, pero desabrido. Los ojos son grandes pero vidriosos, los dientes derechos pero muy grandes, las manos enormes pero femeninas. Lo peor es la voz, incluso hablando tiene cierto tiple que resulta estridente. Se cuenta cosas, se cree esas mentiras y luego las repite como si fueran verdades incontrovertibles. Me he ganado a pulso cada dólar y cada céntimo que he conseguido desde que tenía 16 años. Mi padre es de la vieja escuela, ¿sabes? así que nunca se me ha dado nada gratis. Me ha hecho trabajar cada moneda que me ha dado. ¡Ay, pobre! Se la pasa diciendo lo mismo toda la vida. Si se tuviera un poco de compasión, guardaría silencio.

Pienso en los titulares de las revistas: la nueva promesa, y tantas frases rellenas de palabras vacías. Elogios tan comunes como las letras de sus canciones, fotos con sonrisas rígidas, tan naturales como un pedazo de plástico. Se lanza al escenario con la seguridad que da la inconsciencia, creo que el pobre no se da cuenta. Pero, sí se da. Lo leo en sus ojos, en su postura, en la tensión de su quijada. Decidí que ya era hora de soltarme de la mano de mi padre. En el plano interpretativo, evidentemente, y tras trabajar junto a él en *Banderas* su último álbum, salté a un papel protagonista y saqué mi propio material, *El viaje más bonito*.

Entre los dedos alargados, juega con la caja de un disco compacto que se quedó en los almacenes. Nadie aceptó distribuirlo. Lástima. La teoría de la evolución humana dicta que cada generación mejora a la anterior. Aquí está la excepción que confirma la regla. Él no pertenece a ese tiempo en que las nuevas generaciones consiguen afianzarse más que las precedentes. ¿Y si se hubiera dedicado a otra cosa? No se atrevió.

Sí. Creo que escucha mis pensamientos. Pero, claramente y si eso fuera así, no me hace caso. Ya sé que hay otros caminos. Hay hijas que lograron hacerse respetar por encima de su apellido. Hay hijos que no tuvieron que achicarse ante la fama de su padre. Desde luego, éste no es el caso.

Hace tiempo, creímos verlo como un muchacho con un talento que prometía un buen desarrollo, si ensayaba con esmero. Iba avanzando y conseguía los premios al trabajo bien hecho. Pero los de mecha corta no saben esperar. Forzó la oferta que, según él, no podía rechazar. Sus propias expectativas, las que lo rodeaban y la necesidad

de no defraudar a quienes le doraron la píldora, lo hicieron tragarse el dulce ensalivado.

Era lógico, no pasó mucho tiempo antes de que se verificaran los resultados. Se hizo el desconcierto entre los de arriba y los de abajo, entre la gente de buena voluntad y los que traían su propia agenda. Lo nunca visto, no pudo lidiar con el escenario: le quedó grande. El padre nos tenía acostumbrados a dominar cada milímetro de las tablas. Ni modo, las revistas del corazón son un nido de víboras que van a degüello. Te dan a beber el veneno que se enrosca en el cerebro y te incapacita para metabolizarlo. Luego ya no puedes vivir sin contarles, aunque sean tus fracasos. Todo con tal de encontrar, aunque sea, un elogio de huida. Lo tienen en el suelo, enroscado, retorcido por los estertores mortuorios y los sigue invocando.

La historia no está echa para los fugitivos. Pero, qué bien sabe decir un *no* a tiempo. ¿Qué vamos a hacer?, me pregunta como queriéndome endilgar la responsabilidad de una respuesta. Pagar. Los dedos alargados aprietan tanto la caja del disco compacto que tengo miedo de que en cualquier momento estalle en mil pedazos. ¿Con qué? El material está embodegado, se está echando a perder. Habla de las diez canciones del álbum y del sencillo *El ilustre* como si se tratara de plátanos. ¿Qué el arte no es atemporal? Elevo los hombros. ¿Me prestas? Te pago pronto, lo juro. Los acreedores ya me están yendo a buscar a la casa.

Y, a veces, un no es más valiente que todos los síes de este mundo.



Natalia Figueroa

La mujer de la farola

Cecilia Durán Mena

Está parada debajo de la farola frente al Templo de Santo Domingo de Guzmán. Lleva ahí desde que la luz del sol empezó a iluminar la mañana, y sigue ahí cuando se enciende la luminaria artificial. Ha visto pasar a la gente que entra y sale del templo. Se ha tropezado con los lugareños que pasan corriendo a persignarse y con los turistas que vienen a conocer la máxima expresión del churrigueresco mexicano. Nadie parece notarla. Unos porque están tan acostumbrados a su presencia que ya ni la ven, otros porque el oro del templo los deslumbra, y algunos más, sencillamente no les gusta ver.

Con trabajos mide un metro y medio. Lleva un vestido con dibujos de flores con tallos espinosos manchado de grasa. A pesar de la temperatura, usa un suéter grueso, de lana rasposa y una vieja pañoleta amarrada en la cabeza. En el rostro se adivinan los huesos bajo una piel quebradiza del color de tierra.

—*Seño*, ¿una monedita?

Nadie la atiende. Camina dando vaivenes. Las piernas parecen tatuadas por una red de venas inflamadas. La sangre que se le agolpa en los talones y no logra fluir; se atora y forma una mancha morada —casi negra— oculta entre los pliegues de los pies. Piel que se desborda sobre un par de zapatos sumamente desgastados. Se apoya en la farola. Extiende el brazo y abre una mano.

—*Patrón*, una caridad...

El hombre pretende no escucharla, acelera el paso, marca con mayor firmeza las zancadas y comienza a silbar al momento de pasar frente a ella. Ni siquiera la mira; pasa de largo sin notar que a la mujer le pesa estar parada ahí. No imagina el tamaño de las ampollas que tiene en las plantas de los pies.

—Señor, por caridad...

La escucha pero no se detiene. No mira atrás, aunque sabe que ella intenta dar un paso para aproximarse.

—Un pesito, una caridad... —lo mira con tanta esperanza, con tanta atención.

Se para en seco. Rebusca en los bolsillos del saco, del pantalón, abre el portafolio, lo apoya del otro lado del farol. Vuelve sobre sus pasos. Pasa frente a ella una vez más.

—Oiga, joven ... —él no nota el cambio de tono.

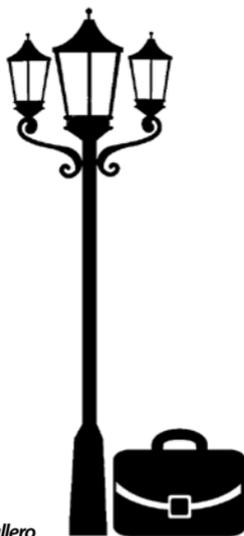
La mujer intenta aproximarse. Él piensa que tratará de jalarle la manga del saco.

—¡No! —dice éste, y da un brinco— No me toque.

Arruga la nariz. Tuerce la boca. Pone las manos frente a ella, como un par de escudos protectores, como una forma para delimitar una frontera. Pareciera que los lindes no son notorios. Siente algo. Se palpa el pecho. Ahí está. Saca el teléfono del bolsillo de la camisa. Sonríe y lo besa.

—Joven, mire...—insiste con un hilo de voz.

El hombre sigue sus pasos. Silba y no mira hacia atrás. Desaparece por la calle de Berriozábal. Será hasta mañana que se dé cuenta que dejó el portafolios recargado debajo de la farola frente al Templo de Santo Domingo de Guzmán.



Eduardo Caballero

Gallo(s)

Andrea Fischer

Alguna vez mi madre me contó que hizo el Camino de Santiago: una peregrinación católica que pretende retomar los pasos del apóstol, pero que se ha diversificado en distintas rutas. Casi todas pasan por Portugal. Ahí, donde los gallos cantan. Me gusta pensar en eso mientras camino a la playa, porque el sendero está todavía cercado por la selva. Vigilante y a la expectativa, pareciera que la bruma de la mañana se filtra entre las hojas de los árboles que se trepan sobre las piedras. Las voces de los pájaros se reverberan como eco en un cuarto vacío. No hay gente, no hay nada: sólo el andar acompasado de las olas, que se vienen a estrellar en algún lugar cercano.

El camino se empina y allana a capricho. Las casas se separan entre sí con recelo, como si cada una quisiese guardar una distancia prudencial de la otra. Si se les observa desde cierto ángulo, se pueden ver las albercas infinitas que algunas tienen —parecen riscos de los que el agua se cansó de caer: cascadas secas—; las demás sólo se yerguen como aves orondas y entumidas, entre la neblina que se despeja conforme la mañana avanza. Si dejo de poner atención en mis propios pies, pareciera que me desintegro en esa misma cortina húmeda de niebla. Es algo así como un estado anterior al entumecimiento. *Uno*: el grito de un gallo se distingue entre las montañas.

Traigo conmigo realmente poco. No necesito mucho tampoco. Vengo a caminar a la playa como un ejercicio rutinario: durante las vacaciones, uno pierde muchas veces la noción del tiempo. Todos los días podrían ser fácilmente domingo. Entonces, soy una peregrina que busca un ritmo de cotidianeidad. Algo en el ritmo acompasado del mar me devuelve parte de esa certeza. Quizá, también por eso vengo tan temprano: cuando no hay gente, cuando no hay ruido, cuando los trabajadores de la noche regresan a sus casas, amontonados en un mismo camioncito destartalado. *Dos*: el grito de un gallo se pierde en las alturas.

Y así como el gallo de Barcelos, que se levantó a cantar para salvar el cuello del condenado —a pesar de que ya lo habían cocinado—, yo me despierto antes de que la vida empiece otra vez. Prefiero la neblina al ruido de la gente. Prefiero el silencio del sol que todavía no se levanta al barullo tumultuoso de los turistas aplastándose contra la arena. Prefiero, en fin, el sonido de mis propios pasos al de las llantas de una camioneta cargada de niños en traje de baño. La frente se me humedece discretamente por el sudor; siento un tironcito en las pantorrillas, a pesar de que he caminado varias veces la misma ruta; la nariz me pica por el olor a sal. La playa se desenrolla frente a mí, y la inmensidad del mar me abruma. *Tres*: el grito de un gallo se confunde con las olas.



Eduardo Caballero

Canicas

Andrea Fischer

Una mujer portuguesa me abrió la puerta. Me saludó en su idioma, *bom dia*, y me invitó a pasar. Traía consigo una novela de Clarice Lispector. La abrazaba con fuerza contra el pecho, como si fuese a deshojarsele. Me llamó la atención: tenía la mirada ahogada en cataratas. Al entrar, le pregunté que qué le estaba pareciendo el libro. Me sonrió, mostrando los poquísimos dientes que le quedaban (todos cubiertos en sarro): *Nada mais vejo sombras*. No me di cuenta de en qué momento la puerta se cerró de nuevo.

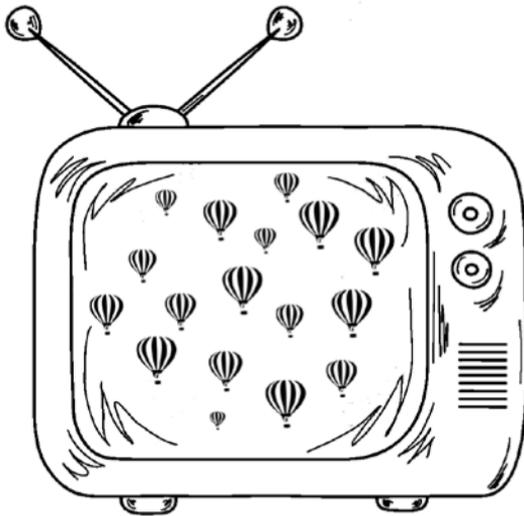
Los hospitales de gobierno poco cambian aquí: siempre largos, largos, con atisbos de una bonanza pasada. Siguen siendo blancos, escuetos, con enfermeras que traspasan a la gente con la mirada. Esta mujer no era la excepción: tal vez fuera porque no podía ver casi nada. Quizá no era enfermera. Quizá sólo llevase los nombres de los pacientes. Yo qué sé. Lo cierto es que llevaba ahí años. Cada que me tocaba venir de visita, ella me recibía con la misma sonrisa, cada vez más en ruinas. Supe que llegó siendo todavía muy niña de Europa, pero nunca aprendió a hablar español. Poca falta le hizo: parecía que era local con acento pesado, y pasaba desapercibida.

Yo venía a cumplir con mis horas de servicio social. Venía a platicar con los ancianos enfermos, que preferían la compañía de un extraño a hablar con ellos mismos. Desde hacía dos meses, visitaba todos los sábados a una señora que estaba en sus últimos momentos de cáncer en el estómago. Me contaba la misma historia de su juventud por dos horas, y cuando se quedaba dormida, me iba en silencio. Como cada vez, me acompañó a través del recibidor hasta el segundo piso. La mujer portuguesa me acompañó a su habitación como era costumbre, a través del recibidor y hasta el segundo piso. Empujó la puerta del cuarto con esfuerzo, y luego desapareció al bajar las escaleras de nuevo.

La habitación estaba sola. La cama, sin tender. Las cortinas, corridas. Todos los aparatos estaban apagados. Supe que las ventanas estaban abiertas por esa brisita sutil de los últimos

días del año, que parece exhalar con cansancio, y que hacía que las poquísimas flores de la mesita de noche se estremecieran. No me pareció mal: así por lo menos se barrería el piso, tan polvoso, tan indigno. Sólo la televisión estaba prendida, con un rumor casi mudo. Estaban transmitiendo algún festival de globos aerostáticos en Capadocia: lo comparaban con esos que organizan en Guanajuato por noviembre.

El doctor llamó a la puerta, aunque la dejé abierta. Hizo un gesto de buenos días, y se lo devolví levemente. Luego se aclaró la garganta y se le empañaron los lentes. Le pregunté que en dónde estaba la señora. Me respondió sencillamente que mis servicios ya no serían necesarios. Suspiré con pesadez: supuse que me asignarían a otro enfermo inmediatamente. Miré nuevamente la televisión vieja. Qué chistoso. Desde aquí, los globos aerostáticos parecen canicas.



Eduardo Caballero

¿PERO QUÉ ES LA ~~DECENCIA~~?
DECENCIA?

¿NEGAR LO QUE UNO



VERDADERAMENTE

QUIERE?

Azyhadeé Teherán



Puerto, Fabián Cuellar



Sin título, Rodrigo Amaya Trucchi



Azyhadeé Teherán



Sin título, Rodrigo Amaya Trucchi

Soy Feliz DESDE



YO QUE TE VI

TE ENTREGUÉ

MI AMOR &

MI ALMA

PERDÍ...

Azyhadeé Teherán



"PORQUE NO QUIERO"

Azyhadeé Teherán



Sin título, Alessandra de Zaldo

Tiempos

Gabriela Gorches

Habíamos quedado en que nos comunicaríamos. La primera que se fuera encontraría la manera de enviarle un mensaje a la otra. La verdad es que era yo quien constantemente insistía en que renováramos aquel juramento y ella, quien me tranquilizaba repitiendo las mismas frases, mientras me abrazaba con esa sonrisa de ojos tan suya: No tengas miedo, decía, cuando seas viejita yo ya estaré esperándote allá.

Los primeros días busqué sus señales. Después creí que de alguna forma me contactaría el día de mi cumpleaños. Tampoco. Mi persona preferida se había olvidado de mí. Era eso o que la nada sí existía: cualquiera de las dos opciones me causaba escalofrío.

Seguía añorando las tardes en las que Belita y yo íbamos al parque con los niños; entre columpios y resbaladillas resolvíamos mis preocupaciones y luego me contaba alguna de sus recuerdos más preciados. Pasábamos a visitarla varias veces por semana y siempre nos recibía con la misma ilusión contagiosa. Después de tres generaciones de loterías, serpientes y escaleras y agua de limón licuado, cuando se fue casi a los cien años su alegría seguía siendo joven gracias a la cercanía con mis hijos. En cambio, ella a mí me había abandonado.

La casona donde vivió toda la vida se vendió muchos años después de que ella muriera. Sólo entonces me dieron lo que había sido su herencia para mí: una enorme caja de plata y todo su contenido. La verdad es que cuando la abrí ya había olvidado nuestra promesa. Dentro encontré un montón de folletos de un nuevo sitio turístico, en los que Belita había escrito mi nombre justo al lado del eslogan publicitario: “En este paraíso te esperamos con los brazos abiertos”.



Eduardo Caballero



Voz de los Hispanos

Gabriela Gorches

Recuerdo que nos citamos en el Sanborns de los Azulejos, un lugar tan clásico como para que lo identificáramos las dos y tan neutro que no requería explicaciones. No más explicaciones de las que tampoco nos dio cuando un buen día se fue de Niza con nuestros textos en un portafolio prestado. Supongo que llevaría la chamarra roja que usaba en invierno cerrada hasta las orejas porque estábamos a principios de febrero. Nadie la acompañó al aeropuerto, a lo mejor debido a la misma intuición que no nos confesamos: preferíamos hacernos ilusiones sobre el nacimiento de nuestro hijo. Ese hijo que habíamos mal gestado entre todos.

Al verla en la entrada de la cafetería me acordé de cuando la había conocido en Francia. Fue en una reunión de cristianos a la que yo había ido acompañando a una amiga que acababa de enviudar. Creo que me imaginé un grupo de extranjeros recién llegados y un poco perdidos, entre los que seguro habría algún mexicano. En parte tenía razón. Me la topé casi enseguida y también de inmediato caímos en el tema de cómo disfrutábamos poder hablar en español, el de los pocos libros que teníamos pero podríamos intercambiar y también en el cuánto adorábamos leer. Resultó además que a ella también le gustaba escribir. Recuerdo que me pareció absolutamente inofensiva, el tipo de persona que se adaptaría a cualquier situación, a cualquier regla con tal de pertenecer. De inmediato la invité a una de nuestras reuniones y ahí mismo la inscribimos como Francesca Ferrari, de parientes italianos con quienes se había mudado a Europa y vivía hasta hacía poco, buena escritora y egresada de Periodismo en la UNAM. Lo de la universidad lo pusimos por agregar algún dato, nunca le preguntamos si era cierto. Tampoco habíamos leído nada de ella pero el hecho de su filiación a los cristianos la convertía en alguien confiable, supongo. Me imagino también que tras algunas semanas de oír sus relatos insólitos ocurridos en ambientes

que ninguno de nosotros conocía, nos acostumbramos a su trato campechano y dejamos de relacionarla con un grupo religioso, porque nunca nos extrañaron lo suficiente ni lo bajo de su escote ni las invitaciones para la fiesta de algún magnate que de vez en cuando conseguía para todos.

Al poco tiempo del ingreso de Francesca, nuestro taller de escritura que hasta entonces había funcionado sin ningún propósito, se había convertido en la redacción del “primer periódico concebido por y para hispanohablantes residentes en la Costa Azul... el principal medio de comunicación de la comunidad”. Al menos así lo presentábamos. Me viene a la mente, o más bien al espíritu como dirían los franceses, la sensación de haber estado jugando a ser empresarios y a ratos creernos lo del empleo de nuestros sueños con el que encima ganaríamos un sueldo decente. Me parece que de una u otra forma, en esa empresa sin organigrama todos aceptamos trabajar para Francesca y su misterioso inversionista napolitano.

Recuerdo que el proyecto empezó a tomar forma a partir de una lluvia de ideas en la que logramos ponernos de acuerdo sobre el nombre, Voz de los Hispanos. Casi sin pensarlo seguimos con la definición de los colores y el motivo del logotipo cuyo desarrollo quedó en manos de la única diseñadora gráfica del equipo: no nos dimos cuenta o no quisimos comentar el poder de Francesca para hacerla trabajar sin día de descanso jornadas enteras compartidas con sus funciones de mamá.

“Esta publicación nació del placer de escribir y de pensar en español... La lengua es lo más importante que compartimos, la puerta de entrada a recuerdos y costumbres de la patria que dejamos...”. Todavía recuerdo algunas frases del editorial que, para sorpresa de todos, en las pruebas que Francesca nos envió desde México venía firmada exclusivamente con su nombre, a pesar de que la habíamos escrito entre todos y, casualmente, un día que ella faltó a la reunión. Supongo que eligió ese detalle para ponernos a prueba. Tal vez la conformidad con la portada del

número cero, cuyo contenido ya nos había obligado a modificar varias veces, fue su ratificación en el puesto de Editora en jefe que ella sola se había adjudicado. “De alguna manera nos sentimos satisfechos cuando logramos pasar por franceses, pero a la vez nos enorgullece que nos reconozcan mexicanos...”. Quién sabe por qué al evocarlo desde lejos, el lugar desde donde ella nos enviaba esas pruebas, nuestra ciudad de México de toda la vida, se convertía de pronto en una rueda de la fortuna en la que se iban sucediendo millones de personas con realidades distintas: ¿Cuál de todas ellas sería la verdadera Francesca?

Sentadas frente a una taza de ese café que nada tenía que ver con los ristrettos que ella nos preparaba en su departamento de Cannes, me acordé de la asombrosa seguridad con la que se dirigía a los directores de los hoteles más elegantes de la región para venderles la idea de unirse a nuestro “selecto grupo de anunciantes”. No sé por qué, pero en ese momento me vinieron a la mente sus escritos: de repente comprendí que no había estudiado en ninguna universidad. Intenté descifrar su mirada transparente y la sonrisa bondadosa para la mesera que “seguro ganaba una mierda y encima tenía que ponerse semejante uniforme ridículo”. En ese contexto tan familiar, traté de imaginar qué impresión nos habría causado Francesca de haberla conocido en México.

Ni siquiera me había fijado que llevaba el paquete hasta que me lo señaló en el asiento. Me sentí absurda: ¿qué íbamos a hacer nosotros en la Costa Azul con mil ejemplares de un periódico cuyo primer y único número hizo imprimir a las carreras seguramente en los portales de Santo Domingo cuando la amenacé diciéndole que quería verla? Pensé en el tiempo que había pasado desde que en Niza recibimos su mensaje avisándonos que volvería “nada más arreglara lo de la visa”. No sólo nunca tuvo pasaporte italiano sino que todo el tiempo había vivido en Europa sin permiso. Nos dejó fríos. La habríamos mandado a volar si no es porque empezó con el cuento de la participación de la Secretaría Mexicana de Turismo; no sé cómo, pero logró que siguié-

ramos enviándole artículos cada semana, en realidad sin ningún objetivo. Hasta que finalmente nos hartamos y amenazamos con acusarla de plagio. Entonces contestó en tono condescendiente que “sólo quería mantener activas nuestras plumas mientras conseguía otros inversionistas”. Dejamos de contestarle.

Poco a poco eliminamos cualquier forma de contacto con ella. Cada uno volvió a la búsqueda de un trabajo interesante, con la ilusión de encontrar una oferta de escritura remunerada en la que cupiéramos todos. Quizá la novedad era la pregunta que nos hacíamos en secreto: ¿qué haríamos nosotros de Voz de los hispanos? ¿Qué haríamos de ese o de cualquier otro proyecto sin la osadía de Francesca?

Sin mucho entusiasmo, le di una ojeada al ejemplar que me sacó de su bolsa. La pésima calidad de impresión y varias faltas de ortografía en los títulos saltaban a la vista, pero sólo le señalé el nombre de la editora: “Josefina González”. Era también quien ahora firmaba el famoso texto que ya antes se había adjudicado ella. —Ah, no te preocupes, soy yo -me dijo y se rió tan fuerte como acostumbraba. Primero pensé que no había oído bien; tal vez no le había entendido. Miré el reloj detrás de la caja y no pude sino pensar en la manifestación de maestros frente a Los Pinos: si no salía corriendo en ese momento seguro pasaría toda la tarde atrapada en el tráfico. No fue sino una vez en el coche que empecé a imaginar la reacción de los demás cuando a mi regreso les contara que Francesca Ferrari era un nombre falso. Les pasó como a mí, de inmediato entendieron que no nos quedaba mucho más que reírnos de nuestra estupidez. Sobre todo ante los mil ejemplares que le habíamos exigido y que viajarían conmigo hasta Francia donde los repartiríamos seguramente para almacenarlos cada quien en su bodega. De ese viaje que hice a México han pasado ya tres años.

Últimamente, le ha dado por volver a escribirnos. Usa la misma dirección electrónica para mandar mensajes que aparecen con el remitente de, “Princesa Azteca” aunque llevan la firma de

Francesca. Dice que está trabajando como editora de la revista de una ONG y que nos invita a enviarle colaboraciones, “sin paga por el momento, pero por una buena causa”. De su vida no cuenta nada. Por eso la imaginamos caminando en alguna parte de México, tan anónima entre millones y millones de habitantes como nosotros exiliados aquí en Niza. Cuando nos referimos a ella decimos, la estafadora. A lo mejor a veces, sin confesárnoslo, envidiamos su bendita desvergüenza para reinventarse en cualquier parte.



Eduardo Caballero

Jugando bromas

Beatriz González Rubín

Esa mañana al despertar, Mafalda se dio cuenta que no estaba en su casa, ni en la de Miguelito, ni en la de Felipe, y mucho menos en la de la tonta de Susanita. El lugar no le era familiar, el mobiliario tampoco, y mucho menos los colores. Ella vivía en blanco y negro, sólo recordaba un par de veces que a Quino le había entrado la locura pintando todo de colores ¡auugg!, fue una experiencia repugnante.

Buscó a su mamá en la cocina; probablemente durante la noche tuvo un ataque de depresión menopaúsica, que le suele dar a las mujeres hacedoras de sopa, y quiso redecorar, pero si era así, se le había pasado la mano.

El lugar era una pesadilla, los colores fuertes y de mal gusto, los muebles, extrañísimos. Había una mesa grande con tres sillas de distinto tamaño cada una, la primera enorme. Se sentó en ella, era dura y le quedaba grande, trató de bajar pero sus pies no alcanzaban el suelo, se paró en ella y dio tremendo salto. La segunda silla era menos grande, pero el asiento era aguado y muy suave, tampoco le gusto.

—No cabe duda que mamá se volvió loca- dijo para sí misma con su acento argentino.

Por último, intentó sentarse en la tercera silla, el resultado un desastre: la silla era demasiado pequeña para ella, primero se atoró, después se lastimó y para acabarla de fastidiar la silla se hizo pedazos.

—Creo que cuando encuentre a mamá, tendremos una seria discusión sobre el respeto a los gustos de los demás, mira que poner sillas de acuerdo al tamaño de cada uno. Por lo menos si lo hubiera hecho midiendo el intelecto, no habría problema, pero así..., ésta ni siquiera era de mi tamaño— dijo al tiempo que señalaba lo que había sido una silla.

Sobre la mesa, había tres platos. Al igual que las sillas eran de distinto tamaño.

—Esto sí, ya es el colmo, los platos también son de acuerdo al tamaño. Pero pensándolo bien, cuando sirvan sopa, comeré menos que los demás— dijo al tiempo que se paraba de puntas y se asomaba a uno de los platos.

Mafalda realmente se sentía confundida, por más que trataba de pensar no encontraba ningún sentido a lo que estaba pasando. En

lo más recóndito de su mente de caricatura tenía la seguridad de haber visto en algún lado el lugar donde se encontraba.

Siguió recorriendo la casa. Llegó a una recámara, en ella tres camas llenaban la habitación. Al igual que las tres sillas, una era grande y dura, la segunda demasiado blanda, y con la tercera no quiso hacer ni siquiera el intento por temor a que se rompiera.

—Bien, esto ya es el colmo. Seguramente todo es un error, una gran equivocación.

En la habitación, había una ventana. Mafalda se asomó por ella, a lo lejos tres siluetas caminaban hacia la casa. Al principio le fue difícil reconocerlas, pero, conforme se acercaban, se dio cuenta que eran tres osos: uno enorme, uno grande, y el último, pequeño.

En ese momento Mafalda recordó todo. Alguna vez su papá le había leído el cuento de “Ricitos de Oro y los tres osos”, y ella estaba dentro del cuento.

Salió corriendo de la casa, buscó y buscó, hasta que encontró la portada del cuento, por ahí se escapó. Ya afuera, sobre la mesa de su creador, se paró con los brazos en jarras y con una voz llena de ira le dijo:

—Oye, Che, yo no sé qué te pasa, no seas estúpido, como broma ya estuvo bueno, o resuelves la situación o renuncio.

Dio la media vuelta, no sin antes hacerle una mueca de enojo al escritor, y fue a meterse en un libro que había sobre la mesa.

Quino no pudo menos que soltar una enorme carcajada, cuando vio que Mafalda entraba a “El Resplandor” de Stephen King.



Eduardo Caballero

De la novela “Autorretrato sin Dublín”

(fragmento)

Eve Gil

VIDEO SOCIOLÓGICO SOBRE LA CANTINA *EL PLUMA BLANCA* “*AQUÍ ME QUEDO*” COMO ESPACIO ALTERNATIVO DE CREACIÓN

YouTube

PLUMA FOREVER CHANNEL

Actualizado el 23 de junio de 2011

Voz en off: En el Pluma, las paredes hablan, desnudan al macho que todos llevamos dentro.

Paneo: ¡¡¡Se leen las paredes de aquel libro abierto que es El Pluma Blanca, Aquí me quedo!!!:

Todos me la pelan...

Soy tu jefe...

Kiero kojer...

gritando en el más grande silencio que te amo

Mi capricho sigues siendo tú

Soy una fácil difícil de olvidar

me calaste hondo y ahora me dueles!!

Porque el agua y la verga no se le niega a nadie

El que escoge no coge

La Diversidad de la vida... La uniformidad de la muerte

Soy del 70, nací con la crisis, el resto me vale verga

Tú mea y que te valga verga

Calma...

Todo está en

calma, deja que

el beso dure

*Deja que el
Tiempo cure.
Hija de la luna.*

Única condición para formar parte de la cofradía del Pluma:
¡PROHIBIDO SER ÉPICO!

Voz en off: Y tú... ¿Por qué vienes al Pluma?

Morra linda y Ebria 1: Pues porque es parte de los estudiantes (sic) Porque el Pluma es arte y porque el Pluma es una parte de mi vida muy interesante, aunque nadie del mundo exterior lo comprenda...pero yo síííí....

Morra linda y Ebria 2: Nomáaassss...es un lugar que encontré a los doce años (sic)

Morra linda y Ebria 3: Yo vengo al Pluma porque tiene pueblo...en realidad el Pluma es como mi alter ego, siempre necesito estar en contacto con él...

Ebria 4 (La poetisa, “La Fidelia”, cuyo Síndrome de Turner le permite subsistir, a sus casi 50 años, gracias a “la protección” de pedófilos de closet que la sienten como a una niña regordeta, con la belleza de un muñeco Chucky en reposo): Vengo a no estar sola. A ver cómo se rompen la madre, cómo tristan... ¡a no estar sola!

Doñita pintada con desatino; maquillaje arrasado por el sudor, pelo amarillo recogido en un molote: ¿Qué qué busco? (larga pausa) ¡Ay, bicholas donde quiera hay! (risas) ¡Y grandotas! ¡Así! (elocuente ademán) ¡Y de colores!... pero también la amistad de la gente que hay aquí...

Voz en off: El Pluma es la Otra Universidad. La otra Escuela de Altos Estudios. Los alumnos cursan maestrías o doctorados en lidiar con sus fantasmas interiores, chocarreros demonios que los obligan a sanear el espíritu a través de la escritura...

Sigue voz en off: De pronto la cantina se transforma en iglesia, en un santuario, donde alguien te escucha...

Ese fue otro de los múltiples terrenos vedados, quizá el principal, para llegar hasta el verdadero 卡洛斯 -. Había algo ahí que me despertaba un temor cercano al respeto. Pasaba frente a aquella cantina casi de puntitas, en principio, supongo, temerosa de encontrarme con 卡洛斯 -, *el verdadero*... el que no me había forjado... el que no era en sus clases. Allá adentro, dice la voz en Off, se es *honesto*, en el más redondo sentido: Todo estaba permitido.

Irónicamente, gracias al inmerecido Pluma obtuve mi primer premio importante: uno nacional de periodismo, en el género reportaje. El presidente del jurado, fundador del periódico para el que actualmente escribo una columna literaria, me confió que casi llegan a los puños durante la deliberación, pues a un par les costaba creer que tan geniales personajes existieran: Poetas malditos de étlicas musas, cuyas servilletas garrapateadas al calor del ámbar maldito pasaban directo al papel impreso, a través de la revista *La vidaloca*, que después se transformaría en *Oasis*. No podían ponerse en contacto con el autor para que demostrara la veracidad de su historia, y los otros dos reportajes que guardaban bajo la manga carecían, según dijo el señor P., de la atmósfera envolvente y la “chispa” en el lenguaje. No dije, por supuesto, que nunca *estuve* allí. Que cuando realicé el reportaje me hice acompañar de un fotógrafo de la revista local para la que colaboraba, que se encargó de extraer a los borrachos de su hábitat natural para plantarlos frente a mí, en la banquetta, azorados, confundidos, inhabituados a hablar ante un micrófono. Se publicó una primera versión censurada, mutilada y edulcorada que no fue, por supuesto, la que deslicé al interior de un sobre manila con destino a Guadalajara, sino que la rehíce y amplié para tal fin. Esa versión la escribí en la máquina manual del poeta

Abigael Bohórquez, no porque no tuviera una máquina propia, sino porque según yo —y así se lo hice saber— “para que me diera suerte”; a mí, la chica con la peor suerte del mundo. Era amarilla y con teclas suavécitas. No recuerdo la marca.

En el fondo solo quería que me quisieran, sin tener que degradarme, parecer —o ser— puta. *Quería* que 卡洛斯 — me quisiera de verdad. Logré que fueran amados mucho más allá de la Avenida Gastón Madrid; que una joven de la capital, pelirroja natural, enamorada de la forma de hablar y pensar de aquellos posmodernos Baudelaires, Verlaines y Rimbauds, se aventurara en Hermosillo ex profeso para encontrarme. Fungí como intermediaria para que accediera a sus héroes literarios. Ni entonces entré, pero pacté un encuentro con el que más le gustaba, y permanecieron amancebados unos meses.

Aunque ya aquel premio era oficialmente mío, y no me lo podían quitar por mucho que el Polacas, el Sifuentes, Ismael Mercado Andrews, Fortino Sicairos o Casildo Rivera resultaran fruto de mi imaginación, acarree en mi maleta, rumbo a la ceremonia de premiación en la FIL de Guadalajara, el hoy mítico retrato en blanco y negro realizado por Joel Verdugo Córdova, bajo el título “La última y nos vamos”, en que inmortaliza la delirante fantasía bukowskiana de una Última Cena, con los Malditos caracterizados como los doce apóstoles de DaVinci (o de Dan Brown), donde Jesucristo no podía ser otro que “Voz en off”, Casildo “Cass” Rivera, avejentada versión de un todavía latoso Kurt Cobain. Sifuentes, el único Maldito cuya muerte lloré, porque fue mi único amigo (aunque me haya amasado una teta, acatando de buen grado mi bofetón), ocupa el lugar de Pedro, con expresión antojadiza y mirada fija en el vacío por encima del hombro derecho de Cristo. Con esto, quedó asentada la legitimidad de mi investigación, que además fascinó estéticamente a uno de los periodistas más respetables de México, hoy retirado del oficio y convertido en productor de celebradas series televisivas.

Traté de incorporarme a Ese Mundo que era Su Mundo al menos en calidad de espectadora, de vocera de la estética gestada en torno a los espumeantes tarros y al tabaco como aserrín; muchachos viejos transportados a lomos de rockola a tiempos idos donde el Rey era Ismael Mercado Andrews, veterano del primer gran movimiento estudiantil, no solo de Sonora sino del país... y del mundo -1967, un año antes de que la juventud universal se sincronizara en un solo grito -, segundo de derecha a izquierda, con gafas-, y con quien tengo en común no haberme graduado, aunque por distintos motivos (en su caso, un macanazo en la cabeza propinado por un “mico”, que no lo mató pero lo hizo Poeta: a mí *me mataron*), y que, poseído por la enérgica batería y los violines de Schocking blue –*Never Married A Railroad Man/ He loves every now and then/ His heart is at his mule train....-*, se retuerce ante los parroquianos con la doliente donosura de una danzarina butoh.

Lo demás. Los aromas. A meados, sobre todo (¿de qué otra manera puede oler un recinto con los sanitarios permanentemente fuera de servicio, y los clientes forzados a vaciar sus abultadas vejigas en el arbolito de afuera, si alcanzaban?); la fosforescente rockola que se sacudía como vieja cafetera (en una foto hecha por mi escolta, advertí que el trasto despedía un resplandor anaranjado); los pisos resbaladizos, el gesto perruno del bar tender....cosas que imaginé...que procuré corroborar para que fueran lo menos ficticias posibles. En efecto: el Piteco pone cara de pitbull cuando ingresa algún neófito que desconoce las reglas del lugar...que sí, tiene reglas...sigo sin saber exactamente cuáles, aunque la más estricta se lee claramente en el video:

¡PROHIBIDO SER ÉPICO!

Hasta que leí eso me pregunté si tendría algo que ver con mi fallido intento por conectar con aquella comunidad. “Épico”, según el diccionario, significa heroico, grandioso, legendario, glorioso, pero me pregunto si es justo lo que intentan decir los Poetas Malditos, o si, como ocurre en sus poemas dispersos en revistas y plaquetas, de papel tieso como en rigor mortis, en que a menudo confunden términos, intentaban decir otra cosa. Otro término que, según su criterio, me definiría.



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño
Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

La Buña

L. Eduardo Caballero Domínguez

Digital

www.porescrito.org

Ventas y suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican
son responsabilidad de quien los firma.



Pretextos Literarios Por Escrito

es una revista bimestral. Número dieciocho.
Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena.
Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado
por el Instituto Nacional de Derecho de Autor
04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud
de Título y Contenido #16609.

Domicilio de la publicación:
Centenario 66, Col. del Carmen,
Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Impreso en Imprecen, S.A. de C.V.
Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12,
Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán.
C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Febrero-Marzo de 2019.



¿Quieres publicar?

Envía tus textos para valorarlos a

contacto@porescrito.org



Ultimátum

*Lo menos que yo puedo
para darte las gracias porque existes
es conocer tu nombre y repetirlo.*

*Si brotas de la tierra,
hostil de espinas, ávida de cielo,
en vigoroso impulso
y ofreces capullo a la caricia
leve del viento y cálida del día,
se que abrirás a la mañana bruja
tu perfección efímera en la Rosa.*

Florido Laude (Fragmento)
Salvador Novo